

Arturo Arnáiz y Freg: recuerdos

Eduardo Luis Feher

RDP

Decía Rabindranath Tagore que “no hay más que una historia: la historia del hombre. Todas las historias nacionales no son más que capítulos de esta historia mayor”.

Valga esta reflexión para recordar a este enorme ser humano que lo fue don Arturo Arnáiz y Freg, personaje inusitado de la cultura mexicana, distinguido egresado de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra UNAM, entre otras muchas instituciones de cultura superior nacional y extranjero.

Solamente, platiqué —y de manera breve— hace muchos años con don Arturo en dos ocasiones.

La vida no me dio sino estas dos singulares oportunidades; pero, de alguna manera, fueron suficientes para darme una idea de su personalidad cautivadora, su sentido del humor y su sentido de la vida.

A los personajes de su talla, basta verlos una vez... y que ellos te vean.

La mirada de don Arturo me recordaba la frese de Canetti quien decía que hay miradas pasajeras que, no obstante, son tan fuertes y profundas que se posan para siempre en el sujeto observado.

Ello ocurrió conmigo, indudablemente.

Hace varios años, en ocasión de su sexagésimo aniversario, un grupo de talentosos intelectuales mexicanos y extranjeros publicaron un volumen sobre la vida y personalidad de Arnáiz y Freg.

Plumas tan notables, como Luis González, Ignacio Chávez, Samuel Fastlich, José Rogelio Álvarez, Mario Ramón Beteta, Raúl Cardiel Reyes,

EDUARDO LUIS FEHER

Clementina Díaz y de Ovando, Hugo Margáin, María Luisa Mendoza, Emilio Portes Gil, Francisco Monterde, Leopoldo Zea, Gutierre Tibón, Margaret Sheed, etcétera. Dejaron su impronta como testimonio de un ser particularmente cautivador, especial y fuera de serie.

Así, don Luis González en el citado volumen de homenaje a don Arturo sabrosamente afirmó que:

al profesor Arnáiz le cupo la mala suerte de abrir los ojos en 1915, en el lapso más borrascoso de la *revoluffia* mexicana, el año en que el número de muertos superó al de nacidos. Los oriundos de este instante caótico por más que pertenezcan a una generación de mexicanos que se ha distinguido por lo segura, calmosa, firme y bien cocida, les suelen sobre venir ataques de desasosiego, ya esporádicos, ya de continuo. Con justa razón se quejan los coetáneos de don Arturo, que este, con alguna frecuencia, abandona el paso de la línea neocientífica, y lo que es peor muchas veces se pasa del orden en que está inscrito la camada anterior, la de los apasionados sembradores y constructores, o al posterior, a la fila de los irreverentes iconoclastas...

Y agrega: “don Arturo rehúye la vida y el oficio planeados. Pelea constantemente con la razón... se deja llevar por el instinto y la emoción”.

¿Cabe mayor elogio para un ser humano? Y es que, don Luis González, está ubicando de manera precisa a un ser libre como lo fue don Arturo. Su único compromiso fue con la verdad histórica, con la cultura, con los más altos valores del espíritu.

La alegría de vivir de don Arturo, por momentos trajo a mi memoria lo señalado por el filósofo sino-americano Lin-Yutang:

Hay tanto de subjetivo en la vida humana y en la felicidad que tendríamos que ser tontos para no aprovecharnos de esta subjetividad sin cultivar los ojos y el alma perceptiva para ver y agradecer las bellezas que nos rodean... si toda la vida es subjetiva ¿por qué no ser subjetivamente feliz en vez de estar subjetivamente triste?

“Esparcidor de semillas mexicanas” como fue llamado, don Arturo ha conseguido, al decir del propio González, “hacer respetadas y respetables las notas sobresalientes del estilo de vida mexicano”.

Caballero andante por lo ancho y largo del mundo, Arturo Arnáiz y Freg estudió en México y el extranjero. Fue doctor en Ciencias Históricas, con su obra escrita enriqueció la cultura mexicana, particularmente la de jaez histórico, obteniendo grados académicos, condecoraciones, doctorados y mil y una otras distinciones.

Su pasión fue una y única: México.

Bien lo señaló Cardiel Reyes:

Arnáiz y Freg representa la sabiduría histórica, contemplándose a sí misma, con ese resto de ironía y sarcasmo del creador, cuando contempla su propia obra... acaso su gloria sea ser solo el ejemplo de una singular manera de hacer historia... una suerte de Oscar Wilde o Azorín quienes deshilaron su propia filosofía ática, entregando su sabiduría, un poco histórica, un poco satírica de los hombres y las épocas, hilvanando un gobelino de hermosos colores, con finos trazos renacentistas.

La vida y la obra toda de Arturo Arnáiz y Freg analizada en sus diferentes vertientes resulta, por todos motivos, particularmente sorprendente. Ubicado en el sentido del humor, en la simpatía y don de gentes deviene, además, en espléndida. No es sino el proceso del hombre sabio que observa la historia, tratando de desentrañarla y darle sentido. Mucho de la producción histórica y análisis del maestro Arnáiz y Freg fue sin duda profética. Ello me recordó un texto de Kakuzo Okakura quien señalara, hace más de un siglo lo siguiente:

El cielo de la humanidad moderna se rompió en la lucha ciclópea entre la riqueza y el poder. El mundo marcha a tropezones entre las tinieblas del egoísmo y de la vulgaridad. En él se compra la ciencia con malvada conciencia y se practica el cariño por amor a la utilidad. El Oriente y el Occidente, como dos dragones que se bambolean entre el oleaje de un mar en fermentación, luchan en vano por reconquistar la piedra preciosa de la vida. Tenemos necesidad de una Niuka para reparar el Gran Desastre. Esperemos el gran Avatar. Mientras llega, gustemos una taza de té. La luz de la tarde dora las cañas, las fuentes gorjean deliciosamente y el suspiro de los pinos resuena bajo

EDUARDO LUIS FEHER

nuestra marmita. Soñemos con lo efímero y dejémonos arrastrar por la bella locura de las cosas.

Arnáiz y Freg fue sin duda “una estrella luminosa prendida en el hielo del instante” y con sus enseñanzas nos recordó a Khayyam quien, en un dejo de filosófica tristeza, exclamó para siempre:

Entre lo sublime y lo absurdo
sólo hay un soplo de viento que llega del desierto
entre la vida y la muerte
la luz efímera de una luciérnaga en la noche.

Revista de Derecho Privado, Cuarta Época,
año III, núm. 5, enero-junio 2014